

DONALD E. WORCESTER



**LOS
APA
CHES**

**ÁGUILAS
DEL SUDOESTE**

PENÍNSULA HUELLAS

Índice

PORTADA	
SINOPSIS	
PORTADILLA	
DEDICATORIA	
PREFACIO	
I. LOS APACHES Y SUS VECINOS	
II. APACHES Y ESPAÑOLES	
III. LOS INICIOS DEL CONFLICTO ANGLOAMERICANO-APACHE EN NUEVO MÉXICO	
IV. LOS INICIOS DEL CONFLICTO ANGLOAMERICANO-APACHE EN ARIZONA	
V. EL AZOTE DE LOS MESCALEROS	
VI. EL CONFLICTO ANGLOAMERICANO- APACHE EN ARIZONA	
VII. LOS APACHES Y LA POLÍTICA DE PAZ	
VIII. CROOK Y LA CONQUISTA DE LOS TONTO	
IX. JOHN P. CLUM Y LA LUCHA ENTRE CIVILES Y MILITARES POR EL CONTROL	
X. VICTORIO, NANA Y LOS MIMBREÑOS	
XI. EL ALZAMIENTO DE CIBECUE	
XII. CROOK Y GERÓNIMO	
XIII. LOS PRISIONEROS DE GUERRA APACHES	
XIV. ÁGUILAS ENJAULADAS	
BIBLIOGRAFÍA	
NOTAS	
CRÉDITOS	

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos ex-
clusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Los apaches, pueblo del sudoeste de EE.UU., erraron por montañas y desiertos sin abandonar la vida nómada. Carecían de gobierno, adoraban a la naturaleza y evitaban las ceremonias. Divididos en bandas, vivían en sus territorios de caza. Místicos y materialistas al tiempo, creían en fuerzas sobrenaturales y en el «poder contra los enemigos», que les capacitaba, según la tradición, para derrotar a los adversarios. Se decía que algunos hombres sabios —como Gerónimo, jefe mítico— tenían capacidades adivinatorias.

Aunque nunca fueron muy numerosos, los apaches resistieron con éxito a sus enemigos desde principios del siglo XVII hasta finales del XIX. Evitaban las batallas a campo abierto, pero si eran acorralados, luchaban hasta la muerte. Valientes combatientes de guerrillas fueron aniquilados por el ejército de la Unión ya que no aceptaron nunca una paz deshonrosa y no se les pudo someter por hambre, a través del exterminio del bisonte.

Este libro es la historia de una nación india desaparecida. Un pueblo guerrero que, diezmado y enviado a las reservas, nunca perdió su extraordinaria identidad.

Los apaches Donald E. Worcester

Águilas del sudoeste

Traducción de Javier González Martel

ediciones península

Al pueblo llamado apache

PREFACIO

A diferencia de muchos otros pueblos que vivían en tierras marginales e indeseables, los apaches erraron por las montañas y los desiertos por elección propia y nunca quisieron abandonar su modo de vida nómada. Aun cuando sus incessantes ataques provocaron el abandono de varios poblados de los indios pueblo, los apaches nunca ocuparon estos emplazamientos. En numerosas ocasiones, pudieron haber completado la despoblación de Sonora y Chihuahua,¹ pero, como observaron de manera franca y un tanto jactanciosa, quisieron que la gente de aquellas provincias continuase criando caballos y mulas para ellos.

Todos los apaches hablan la misma lengua atapasca, pero eso no significa que siempre haya reinado la paz entre las bandas, ni siquiera en el interior de las mismas. El asesinato de un apache provocaba la reclamación de represalias. Si un apache mataba a otro, los familiares por línea materna del muerto tenían la obligación de vengar su muerte. Si un angloamericano blanco o un mexicano acababan con la vida de un apache, aunque hubiese estado robando caballos, el jefe de su clan o grupo local encabezaba una partida de guerra contra el enemigo. Si era posible, mataban al asesino; si no, se contentaban con cualquier otro miembro de su raza. Si capturaban a un varón adulto, lo entregaban a los familiares femeninos del apache fallecido para que lo torturasen y lo mataran a modo de compensación por su pérdida.

Los apaches no tenían un gobierno tribal ni se reunían para llevar a cabo ceremonias como la danza del sol de los indios de las llanuras. Estaban divididos en bandas, cada

una de las cuales contaba con sus propios territorios de caza y reunión, así como, en algunos casos, con sus tierras de cultivo. La autoridad era sencilla: se imponía dentro del propio grupo local desde la figura de su jefe, aunque este careciera de autoridad para castigar a los suyos. Todos los jefes de grupos locales eran, en teoría, iguales, aunque algunos, debido a su carácter, sus «poderes» o su destreza en la guerra, ejercían mayor influencia que otros.

La unidad básica era el «grupo familiar» o familia extendida de varias casas que vivían juntas por vínculos de sangre, conyugales, económicos o de clan. En las escarpadas tierras por las que vagaban, la cooperación entre familias resultaba esencial tanto para la protección como para la obtención de alimentos. Era peligroso para un hombre irse a cazar solo, del mismo modo que lo era para una mujer alejarse del campamento para recolectar semillas o raíces a no ser que fuera en compañía de otras; en cualquier caso, la elaboración del mezcal implicaba demasiado trabajo para que lo desempeñara una sola mujer. Por lo tanto, se convirtió en habitual compartir las labores y sus frutos con los vecinos y las casas emparentadas, de tal modo que todos cumplieran por igual. «Uno ha de entender esto para comprender la sociedad apache. De ahí proviene, con toda probabilidad, la naturaleza extremadamente gregaria de este pueblo y su total sentimiento de soledad y temor cuando los individuos se ven en la obligación, por alguna exigencia, de vivir separados.»²

John Rope, que sirvió como explorador durante las guerras apaches de la década de 1880, explicaba la actitud apache ante la familia que vivía separada del resto. «Puede que para los blancos no haya problemas en vivir de ese modo; incluso parece agradarles. Pero esto no es así entre nosotros: no podemos sobrevivir en la soledad, no está bien. Los demás hablarán y creerán que algo ha de funcio-

nar mal forzosamente en una familia que se comporte de tal manera; sus miembros estarán tratando de ocultar alguna cosa o habrán hecho algo incorrecto.»³

Morris E. Opler, investigador sobre los apaches hace muchos años, observaba que «la íntima identificación del destino y la fortuna de cualquier individuo con el grupo completo de sus familiares es uno de los conceptos más importantes que sustentan la vida apache. En cada recodo del camino, el niño apache recibe la guía y el apoyo no solo de sus padres y su familia más allegada, sino de todo el extenso cuerpo de sus parientes sanguíneos... Estos no desaparecen en ningún momento del fondo de la vida del individuo».⁴

Cuando un joven apache se casaba, se iba a vivir al campamento familiar de su mujer. A partir de entonces, su deber era atender a los padres de esta, aunque sin descuidar a los suyos. Debido al tabú de la suegra, el matrimonio habitaba en una vivienda aparte y él nunca le dirigía la palabra a la madre de su mujer. El grupo familiar habitual constaba de cuatro o cinco familias: una pareja anciana, una serie de jóvenes solteros y varias hijas casadas con sus respectivas familias. Cada grupo familiar se hallaba bajo el liderazgo de un cacique. Antes de que saliera el sol cada mañana, este arengaba a las familias y todos debían escucharle y actuar siguiendo su consejo y advertencia de no dejarse llevar por la pereza. El nombre apache para designar al cacique significaba «el más inteligente entre los nuestros» o «aquel que domina el campamento».

La unidad inmediatamente superior en tamaño era el grupo local, que comprendía de dos a diez grupos familiares y de diez a treinta viviendas. El jefe (*nantan*) de un grupo local podía heredar su título o ganárselo gracias a su habilidad para proveer a su pueblo. Y un jefe competente siempre era muy apreciado. Pese a no tener poderes coac-

tivos, los apaches temían y evitaban la desaprobación pública y los niños tenían conciencia de ello desde muy pequeños.

Los niños apaches se endurecían a través del ejercicio extenuante: nadaban y corrían antes del amanecer, tanto en verano como en invierno; en ocasiones, se les obligaba a rodar desnudos por la nieve. Al amanecer, después de secarse, tenían que correr sin detenerse hasta la cima de una colina y volver. Para asegurarse de que respiraban por la nariz tenían que hacer el recorrido, tanto de ida como de vuelta, con la boca llena de agua.

Las niñas también corrían y nadaban, y algunas eran tan veloces como los niños. Como los apaches consideraban repulsivo el vello corporal, a las chicas jóvenes se les advertía que si se negaban a nadar temprano todas las mañanas les saldría gran cantidad de pelo púbico.⁵

Los ritos apaches estaban relacionados en especial con la curación de los enfermos o, como en las ceremonias de la pubertad, con la prevención de la mala suerte. Los apaches sentían terror por la enfermedad y huían despavoridos cuando la peste irrumpía en sus campamentos.⁶ Creían que las enfermedades más graves se producían por el contacto con ciertos pájaros o animales como los búhos y los coyotes. Las dolencias provocadas por las diversas criaturas tenían una serie de síntomas característicos y el enfermo solo podía curarse con la intervención de un chamán u hombre medicina que tuviera los poderes sobrenaturales del pájaro o el animal en cuestión.

Los apaches temían de un modo especial a los búhos, y la presencia de un ejemplar en los alrededores de un campamento constituía un asunto de enorme gravedad. No existían bromas ni cuentos populares sobre búhos: incluso el mero hecho de hablar sobre ellos traía mala suerte. Se creía que los espíritus de los muertos se alzaban de sus tumbas y penetraban en el cuerpo de los búhos: el ululato de un búho era la voz de un espíritu que hablaba en lengua

apache desde el inframundo y profería amenazas contra los vivos. Quienes oyesen y comprendiesen lo que decía se verían expuestos a la enfermedad del «búho», del «espíritu» o de «la oscuridad», probablemente mortal a no ser que interviniera a tiempo un chamán cuyos poderes procediesen de estos pájaros.

Los apaches evitaban escrupulosamente tratar el tema de la muerte; de hecho, casi nunca utilizaban el término más habitual para referirse a ella. En lugar de decir que una persona había muerto, decían «se ha ido». Si se mencionaba la muerte en medio de una danza de guerra, los hombres dejaban de bailar; alguno hasta podía llegar a abandonar la partida guerrera, convencido de que estaba abocada al fracaso. Cuando un apache moría se le enterraba con rapidez para que el tiempo de contacto entre los vivos y el muerto fuese lo más corto posible. Este apresuramiento refleja la creencia apache de que la visión de un cadáver o el mero hecho de tocar las posesiones del fallecido podía contagiar una enfermedad funesta. Todas las posesiones de un hombre se sepultaban junto a él o se destruían. Sus parientes disponían de sus posesiones, aun cuando la propiedad de algunas estuviera compartida con otros miembros de la familia. Los apaches creían que si no se hacía todo esto con prontitud, el espíritu del muerto podría regresar de la tumba para recuperar sus posesiones trayendo consigo el mal «de los espíritus» y, quizá, la muerte de todos sus familiares.

Se llevaba a cabo hasta el último esfuerzo para borrar del todo la memoria de un familiar fallecido. Se destruía su vivienda y toda la familia se mudaba. Al entierro asistía el menor número de personas posible, luego se quemaban las ropas del muerto y se bañaban en humo de salvia, la «medicina de los espíritus». Jamás se hablaba de la ubicación de la sepultura. Si era absolutamente necesario mencionar a un familiar fallecido se referían a él como «el que antes se llamaba...». No había nada más seguro para empe-

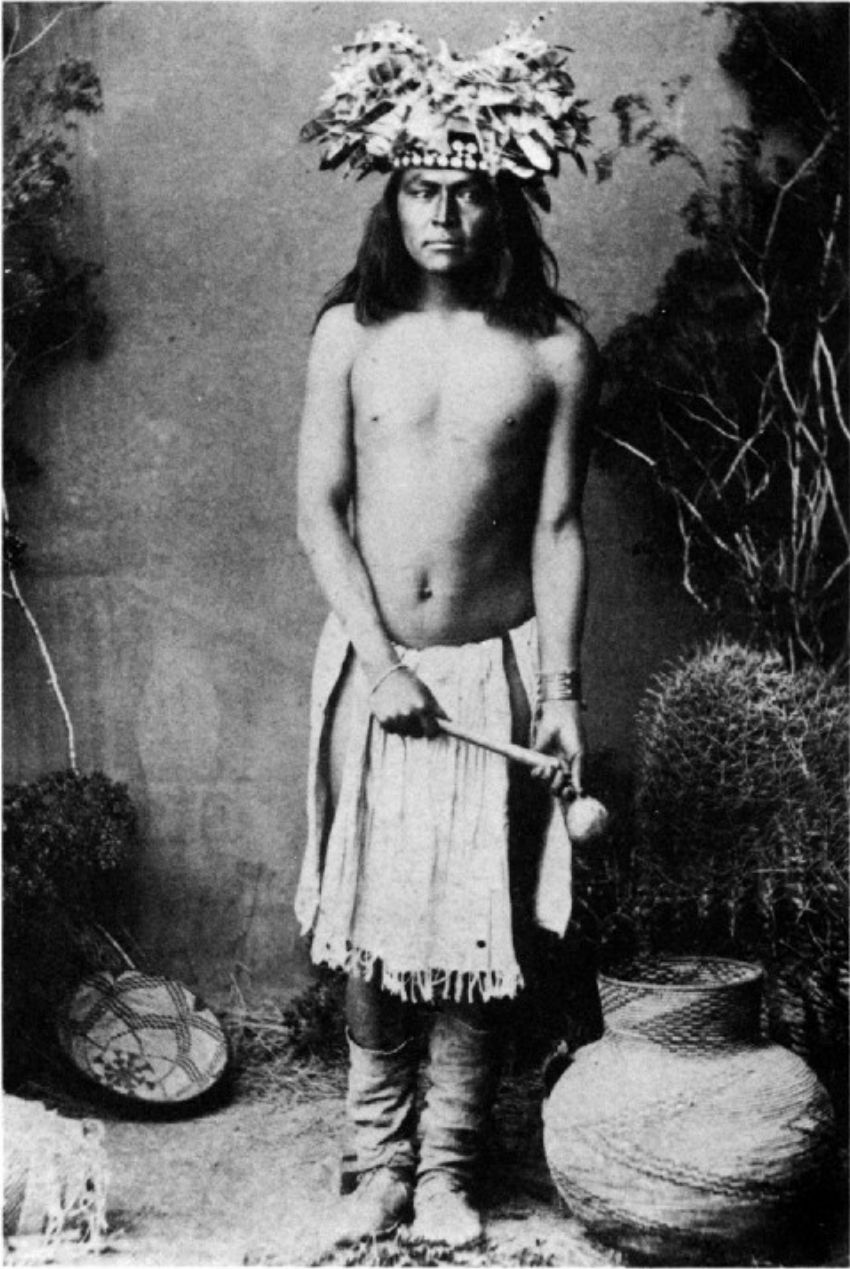
zar una pelea a muerte que insultar a los parientes vivos pronunciando el nombre del fallecido en presencia de ellos. Por lo general, los nombres de los niños se cambiaban después de una muerte en la familia, porque el fallecido se había dirigido a ellos por sus antiguos nombres y si se seguían utilizando, se pensaba que convocarían recuerdos dolorosos.⁷

Los apaches recurrían a diversos poderes sobrenaturales. Para la guerra, el más importante era el «poder contra los enemigos», que les capacitaba para sorprender y derrotar a sus contrincantes. Se decía que algunos hombres, como Gerónimo, además de algunas mujeres, poseían el poder de saber lo que estaba ocurriendo en lugares distantes. Otros hombres, de gran utilidad en las incursiones y en las partidas de guerra, eran los que tenían el «poder» de hacer que el viento soplara con fuerza para levantar el polvo y ocultarse, o el de dominar a los caballos.

Aunque nunca fueron muy numerosos, los apaches resistieron con éxito todos los intentos de conquista por parte de invasores que se produjeron desde principios del siglo xvii hasta el último cuarto del xix. Evitaban las batallas en campo abierto siempre que podían, pero cuando se les acorralaba, luchaban a muerte. Como guerrilleros no tenían igual; a diferencia de las tribus de las llanuras, no se les podía someter mediante el hambre a través del exterminio del bisonte o de cualquier otro animal.

Estos fueron los apaches cuya historia se cuenta en las siguientes páginas. Desde la llegada de los españoles hasta que fueron finalmente reducidos por su propia gente y confinados en reservas, la historia de sus relaciones con los recién llegados es un relato de lucha casi constante. Escasos en número pero radicalmente decididos a preservar su preciada libertad, los apaches fueron, y son, un pueblo extraordinario.

LOS APACHES



Un apache con un mazo de guerra y un gorro de plumas (Sociedad Histórica de Arizona).